

derezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica se torna financiera y apologética de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón del inquisidor y se postra humilde ante los vetustos muros de las tetricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace sacrificio de la honestidad, de la dignidad y la vergüenza.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebeldía, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza iracunda y, sobre la turba soez de los desarrapados, fulmina los rayos de su cólera... ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad.

La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina, centenares de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante tabla suspendida de una desfilachada cuerda; se prueban con el trabajo impasible en el infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y los topes de los barcos, en los tenders de

las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rudas luchas con la Naturaleza. El hombre se templea en conquista del planeta que habita, de la atmósfera que le rodea, del espacio sin límites poblado de bellos e innumerables mundos.

En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después nada, como no sea cobardía, miedo a perder la vida, horror de la sangre, del bruñido acero, de la bala mortífera. La manada, el montón cobra ánimos apretujándose y estrechándose contra los repetidos asaltos del temor. Y luego la procesión de inválidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados, corrompidos, traen a las ciudades y a los campos el estímulo a la holganza, a la depravación, al desorden, al desenfreno. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestiona a las masas, el espejuelo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida.

Hacen falta borregos, dóciles instrumentos de matanza, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

R. MELLA

Enseñanza

Libertad o monopolio

En materia de enseñanza, cuando se habla de libertad, ¿de qué libertad se trata? ¿De la del padre de familia, de la del Estado o de la del niño? ¿Qué intereses han de ponerse a salvo: los de los que dan la enseñanza o los de los que la reciben? ¿En qué derechos conviene inspirarse sino en los del destinado a ser el beneficiario o la víctima de la enseñanza?

Como quiera que se plantee el asunto, la respuesta ha de ser la misma:

hay que asegurar la libertad, poner a salvo los intereses y garantizar el derecho del niño.

La figura del niño domina el problema, y en este punto de partida firme y lógico, no puede haber equívoco ni confusión.

¿A quién pertenece el niño? A la familia, según unos; al Estado, según otros.

Los primeros reservan exclusivamente a los padres el derecho de darle